



MARCOS BARAJAS DIEGO MADRID

Las comparaciones son odiosas, pero ayudan a poner un poco de orden en un mundo cada vez más complejo. Sirven de guía. Quizá por eso tienen tanto éxito los rankings. Para las universidades, los hay de todo pelaje y condición. Pero, puestos al trasluz, se vislumbra un oscuro denominador común: ninguna de las universidades españolas está entre las mejores del mundo y las públicas salen mejor en la foto que las privadas. ¿Es la titularidad un factor determinante que afecta a su *modus operandi* y condiciona su presencia en los puestos de cabeza? ¿Son tan abultadas las diferencias entre unas y otras? Difícil responder en términos de dicotomía.

Las autónomas de Barcelona y Madrid, la Universidad de Barcelona y la Complutense de Madrid (UCM) copan las primeras posiciones a nivel nacional, pero no suben más allá del puesto 150 a escala global. La Universidad de Navarra es de las pocas no estatales que se cue-
lan entre las mejores del país. Los resultados, en líneas generales, son los mismos en unas listas u otras a pesar de que la forma de puntuar en cada una de ellas no es la misma.

El ranking de Shanghai valora que algún miembro de la comunidad universitaria haya sido distinguido con el Premio Nobel o la Medalla Fields, así como el número de publicaciones en las revistas científicas *Nature* y *Science*. El de *Times*

EXCELENCIA INTERNACIONAL

LA PRIVADA TAMBIÉN SUSPENDE

Para no incrementar sus costes, la mayoría de los campus privados españoles han renunciado a investigar y se limitan a transmitir conocimientos, lo que provoca que salgan incluso peor parados que las públicas en los rankings

Higher Education también analiza la capacidad para llevar a cabo actividades de I+D+i, junto a parámetros como la relación con el mundo empresarial, la visión internacional y el método de enseñanza. Y el de la consultora QS examina cuatro áreas: investigación, docencia, empleabilidad e internacionalización.

EL FACTOR CLAVE

No hay duda, para ocupar los primeros lugares hay que pasar mu-

chas horas en el laboratorio o en la biblioteca. Pero para Juan Cayón, rector de la Universidad Nebrija, dar más relevancia a la investigación que al valor social es una forma «inadecuada» de discernir qué centro educativo es mejor. «Las universidades, tanto públicas como privadas, deben cumplir cuatro funciones: creación científica y cultural, preparación para el mundo profesional, difusión y transferencia del conocimiento y formación a lo lar-

go de la vida. Todas son importantes», argumenta. Y aunque reconoce que las públicas se vuelcan más en la investigación, hace hincapié en que éstas «reciben fondos adicionales que pagamos entre todos y de los que, con frecuencia, las privadas están excluidos», critica.

La realidad, sin embargo, es que la distribución en estos rankings es similar a la que se obtiene cuando se ordenan estos centros en función de su nivel de producción científica. La Universidad de Barcelona —con un promedio de 3.851 publicaciones al año— es la más activa en ese sentido, según el Observatorio de la Actividad Investigadora de la Universidad Española (IUNE); le siguen la Autónoma de Barcelona (3.144) y la Universidad Complutense de Madrid (2.698). Con 801 publicaciones, la Universidad de Navarra es la privada que más destaca.

Las universidades privadas suelen tener una fuerte vocación docente y sólo generan el 4,5% de los artículos científicos, mientras las públicas son responsables del 95,5% de la producción científica española en este ámbito, según el último informe *La Universidad española en cifras*, que elabora la Conferencia de Rectores de Universidades Españolas (CRUE). Este documento también da cuenta de la brecha existente en términos de medios humanos: 8.006 grupos de investigación operan en 42 universidades públicas frente a los 341

que trabajan en las 10 instituciones académicas privadas de las que hay información.

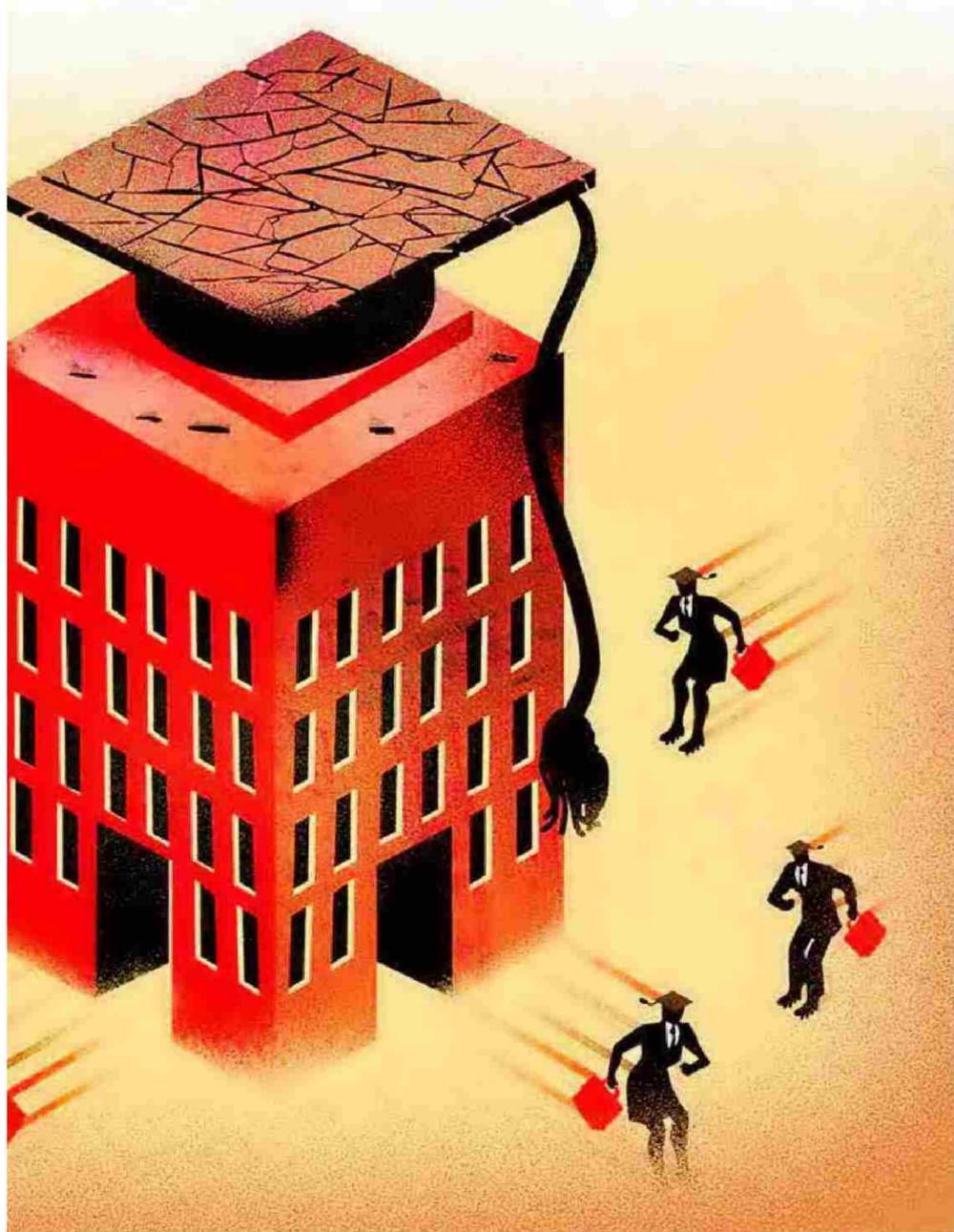
En esa línea, el U-ranking 2016, de la Fundación BBVA y el Instituto Valenciano de Investigaciones Económicas (Ivie), indica que el rendimiento de las universidades privadas es nueve puntos superior al de las públicas en docencia, pero están 39 puntos por detrás a nivel investigador. La comparación debe leerse con cautela, porque la lucha no es de igual a igual: las privadas suelen ser más pequeñas y su oferta académica está menos diversificada.

VOCACIONES DISTINTAS

Pero hay más diferencias: «En la pública hay más motivaciones para investigar porque la promoción del profesorado así lo exige y, además, existe más tradición que en la privada», afirma Francesc Solé, vicepresidente de la Fundación Conocimiento y Desarrollo.

De hecho, la producción científica del Sistema Universitario Español en *Web of Science* se ha duplicado —de 24.149 documentos en 2004 a 49.325 en 2013— a pesar de que la plantilla docente no ha aumentado de igual modo. El Observatorio IUNE considera que este comportamiento puede tener su razón de ser en los requisitos, cada vez más exigentes, para la evaluación y acreditación del profesorado.

Un resorte que podría mejorar estos resultados sería la renovación



RAÚL ARIAS

del personal docente e investigador. Un soplo de aire fresco que Ernest Pons, portavoz del equipo de gobierno de la Universidad de Barcelona, considera «urgente»: «Los jóvenes son más proclives a crear grupos interdisciplinares potentes, que buscan la fortaleza del grupo más que la de personas individuales». La media de edad de su claustro ronda los 58 años, una de las más altas del país.

Para establecer si más allá de esa correlación existe una relación de causalidad, la UCM y la Universidad Jaume I (Castellón) llevaron a cabo un estudio en el que participaron 604 profesores universitarios entre 2002 y 2006. La conclusión del trabajo, publicado en la revista *Applied Economics*, era tajante: una mayor producción investigadora, si no resulta excesiva, está asociada con una mayor calidad docente.

«Contar con un elevado número de profesores que dedican más tiempo a la investigación es una gran oportunidad para la docencia: pueden impartir algunas clases en grado y en posgrado, organizar seminarios, dirigir trabajos de fin de grado o de máster, ofrecer prácticas y prestar asesoramiento», enumera Juan Manuel Mora, vicerrector de Comunicación de la Universidad de Navarra. Pero éste es un punto sobre el que reina la controversia.

«La estricta ligazón entre la investigación y la mejor docencia es, a mi juicio, una falacia demasiadas

veces repetida», denuncia Cayón. Tampoco Solé se muestra de acuerdo con identificar siempre investigación con calidad y va más allá cuando afirma que no hay que usar la misma vara de medir en todos los casos: «No se puede juzgar a una universidad sin antes saber qué es lo que pretende conseguir. A una universidad de provincias puede que le interese más tener un fuerte compromiso territorial que destacar en investigación».

LAS UNIVERSIDADES PRIVADAS SÓLO SON RESPONSABLES DEL 4,5% DE LOS TRABAJOS CIENTÍFICOS, SEGÚN DATOS DE LA CRUE

EL U-RANKING DE 2016 REFLEJA QUE LOS CENTROS PÚBLICOS SE SITUAN NUEVE PUNTOS POR DETRÁS EN DOCENCIA

ESPAÑA REPLICA EL MODELO DE OTROS PAÍSES EUROPEOS, CON UNIVERSIDADES DOCENTES O INVESTIGADORAS

La primera gran decisión de una universidad es saber hacia dónde quiere dirigir sus pasos y sus esfuerzos porque es muy difícil que pueda destacar en todos los aspectos. «Existen diferentes modelos. Unas son públicas y otras privadas; unas, especializadas y otras ofrecen muchas titulaciones; unas están más enfocadas a la investigación, otras a la docencia, etc. Cada universidad debe decidir su modelo, en función de sus objetivos, sus recursos, su localización...», ejemplifica Mora.

DOS ENFOQUES

La disyuntiva entre decantarse por un modelo más académico –donde el fin último sea la transmisión de conocimiento– o por otro más empírico –donde sea generarlo y, después, difundirlo– se repite más allá de las fronteras. España replica *de facto* el modelo que impera en países como Suecia, Austria, Dinamarca, Finlandia e Irlanda, donde el sistema universitario es esencialmente dual. Es decir, está compuesto por universidades de investigación y universidades docentes. Así lo recoge Francesc Xavier Grau, el que fuera rector de la Universidad Rovira i Virgili entre 2006 y 2014, en su informe *Ránkings, Impacto científico y sistemas universitarios*.

La razón por la que estas naciones duplican su presencia en estos ránkings respecto a España es que aquí se movilizan menos recursos para investigar en el ámbito de la educación superior. Con todo, asegura Grau, el volumen de publicaciones sí es acorde al tamaño del país. Un dato respalda este análisis: España cuenta con una universidad con producción investigadora por cada 801.311 habitantes, por tanto, en la línea de los grandes países desarrollados, según la CRUE.

El aumento de universidades privadas hasta la irrupción de la crisis económica –ahora hay 34 frente a 50 públicas– tiene para Cayón una explicación sencilla: «El sistema público sigue, con frecuencia, demasiado ensimismado en mirar hacia dentro de sus instituciones sin escuchar a la sociedad. Las privadas son más ágiles en dar respuesta a esas demandas y por eso han proliferado». Tanto que algunos ven en ello un mero afán por hacer dinero. Solé se desmarca y recuerda los mecanismos de control de calidad por parte de la Aneca y de las comunidades autónomas. «Las privadas, por definición, son un negocio. Es legal y no hay nada reprochable en ello si hacen bien su trabajo», añade.

En cualquier caso, aparecer en los primeros puestos del ránking no reporta tantos beneficios como podría pensarse. «Paradójicamente, no tiene impacto a nivel de financiación. En términos puramente económicos, para nosotros sería más rentable dar más clases y tener más estudiantes», razona Pons. Los docentes, en cambio, sí ven facilitada su promoción gracias al plus de prestigio que ofrecen los puestos de cabeza. Difícil, por tanto, dar con la receta perfecta. Para gustos, se hicieron las universidades.